

CAPÍTULO XXIV

El marido y el amante.

Con cierta especie de emoción volvió á ver Chicot la calle de los Agustinos, tan tranquila y desierta, el ángulo formado por el montón de casas que precedían á la suya, y en fin, su misma querida casa con su techo triangular, su balcón carcomido y las canales de su tejado adornadas de gárgolas.

Había sido tal el miedo que le acometiera de no hallár más que un vacío en el sitio de su casa, y era tanto lo que había temido ver obstruida la calle por el humo de un incendio, que calle y casa le parecieron prodigios de limpieza, de gracia y de esplendor.

Chicot había ocultado en el hueco de una piedra

que servía de base á una de las columnas de su balcón, la llave de su casa querida, porque es de advertir que en aquellos tiempos cualquiera llave de cofre ó de otro mueble igualaba en peso y en volumen á las llaves más gordas de nuestras actuales casas, y por tanto, siguiendo esta proporción, las llaves de las casas eran iguales á las de las ciudades modernas.

Calculando, pues, Chicot la dificultad que tendría en guardar la venturosa llave en su bolsillo, había tomado el partido de esconderla donde hemos dicho.

Preciso es confesar que Chicot experimentó al meter los dedos en la piedra un ligero estremecimiento, al que siguió una alegría indefinible cuando sintió la frialdad del hierro.

La llave estaba realmente en el mismo sitio donde Chicot la había colocado, y esto mismo sucedía respecto de los muebles de la primera pieza, respecto de la tablita clavada sobre el madero, y en fin, de los mil escudos, que seguían rebosando en su escondite.

Chicot no era avaro; todo lo contrario, muchas veces había tirado el oro á manos llenas, sacrificando así lo material al triunfo de la idea, lo cual constituye la filosofía de todo hombre de cierto valor; pero cuando la idea había cesado momentáneamente de mandar á la materia, es decir, cuando no había necesidad de dinero, de sacrificio, cuando en una palabra, la intermitencia sensual reinaba en el alma de Chicot y esta alma permitía al cuerpo vivir y gozar, el oro, fuente primera, incesante, eterna de los goces animales, recobraba todo su valor á los ojos de nuestro filósofo, y nadie mejor que él sabía en cuántas

partículas sabrosas de subdivide ese todo inestimable que se llama un escudo.

— Por mi ánima, murmuró Chicot agachado en medio de su cuarto, levantada la baldosa, con su tablita al lado y su tesoro á la vista, por mi ánima que tengo un vecino honrado como ninguno, puesto que ha hecho respetar y respetado él mismo mi dinero; en verdad que esta acción no tiene precio para los tiempos que corren. ¡Diablo! tengo que dar las gracias á ese hombre inestimable, y no tardaré en dárselas.

Diciendo así volvió á colocar la tablita sobre la viga y la baldosa sobre la tablita, se aproximó á la ventana, y miró á la acera de enfrente.

La casa conservaba esa tinta gris y sombría que la imaginación presta como color natural á los edificios cuyo carácter conoce.

— No debe ser todavía la hora de dormir, dijo Chicot, y por otra parte, estoy seguro de que esas gentes no son muy dormilonas. Veamos.

Bajó y fué no sin preparar todas las gracias de su cara risueña para llamar á la puerta del vecino.

Oyó ruido de pasos en la escalera; pero sin embargo, quiso esperar el tiempo necesario para creerse obligado á llamar de nuevo.

Al segundo aldabonazo se abrió la puerta y apareció un hombre en la sombra.

— Buenas noches, dijo Chicot alargando la mano; ya estoy de vuelta y vengo á daros las gracias, mi querido vecino.

— ¿De qué? dijo una voz cuyo acento sorprendió mucho á Chicot.

Al mismo tiempo el hombre que había venido á abrir la puerta daba un paso hacia atrás.

— ¡Cómo! Me he engañado, dijo Chicot, no sois vos el que era vecino mío al tiempo de marcharme, y sin embargo, juraría que os conozco.

— Y yo también, dijo el joven.

— Vos sois el vizconde Ernauton de Carmainges.

— Y vos sois la Sombra.

— En verdad, dijo Chicot, que estoy por creer que he caído de las nubes.

— En fin, ¿qué deseáis, señor? preguntó el joven con alguna esperanza.

— Perdonad, acaso os incomodo.

— No, pero me permitiréis que os pregunte en qué puedo servirlos.

— Quisiera hablar al dueño de la casa.

— En ese caso, hablad.

— ¿Cómo?

— Sí, porque el dueño de la casa soy yo.

— ¿Vos? ¿Y desde cuándo acá?

— ¡Toma! hace tres días.

— ¿Conque ha estado de venta la casa?

— Así parece, puesto que la he comprado.

— ¿Y el antiguo propietario?

— Ya no la habita, como veis.

— ¿Dónde está?

— No lo sé.

— Vamos, entendámonos, dijo Chicot.

— No deseo otra cosa, respondió Ernauton, con visible impaciencia; sólo quiero que nos entendamos pronto.

— El antiguo propietario era hombre de veinti-

cinco á treinta años, que representaba cuarenta.

— No; era un hombre de sesenta y cinco á sesenta y seis años, que representaba su edad.

— Calvo.

— No, al contrario, con un monte de cabellos blancos.

— Tiene una cicatriz enorme en el lado izquierdo de la cabeza, ¿no es verdad?

— No he visto la cicatriz, sino muchas arrugas.

— Entonces no comprendo una palabra, dijo Chicot.

— En fin, replicó Ernauton después de un instante de silencio, ¿qué queráis á ese hombre, mi querido Espectro?

Chicot iba á confesar lo que acababa de hacer; pero el misterio de la sorpresa de Ernauton le recordó de repente cierto proverbio entre las personas discretas.

— Quería dijo, hacerle una visita, como se acostumbra entre vecinos y nada más.

De esta manera Chicot no faltaba á la verdad y no decía nada.

— Amigo mío, dijo Ernauton con política, pero disminuyendo considerablemente el hueco de la puerta que tenía entreabierta, amigo mío, siento no poder daros noticias más exactas.

— Gracias, señor, dijo Chicot, me informaré en otra parte.

— Pero esto no impide, añadió Ernauton cerrando cada vez más la puerta, que aplauda la casualidad que me pone en contacto con vos.

— Deseas que me lleve el diablo, ¿no es verdad?

murmuró Chicot devolviendo saludo por saludo.

— Sin embargo, como á pesar de esta respuesta mental se olvidaba Chicot de retirarse, dijole Ernauton asomando la cara entre la puerta y la jamba:

— Hasta la vista.

— Esperad un instante, señor de Carmainges, dijo Chicot.

— Me es imposible; lo siento mucho, respondió Ernauton: espero á una persona que debe venir á llamar á esta misma puerta, y no me disimulará que no emplee toda la discreción posible en recibirla.

— Basta, señor, comprendo, dijo Chicot; perdonadme que os haya importunado, ya me retiro.

— Adiós, señor Espectro.

— Adiós, señor Ernauton.

Y dando un paso hacia atrás, vió Chicot cerrarse la puerta dulcemente.

Escuchó para observar si el joven desconfiado acechaba su partida, pero muy al contrario, oyó á Ernauton subir la escalera; volvióse entonces tranquilo á su casa y se encerró en ella, resuelto á no turbar las costumbres de su nuevo vecino, pero según su hábito, á no perderle demasiado de vista.

En efecto, Chicot no era hombre que se dormía sobre un hecho que le parecía de alguna importancia sin haber palpado y diseado este hecho con la paciencia de un anatómico distinguido; á pesar suyo, y este era un privilegio ó una falta de organización, á pesar suyo, toda forma incrustada en su cerebro se presentaba al análisis por sus lados más salientes; de manera que las paredes cerebrales del pobre Chi-

cot se encontraban heridas, abiertas é incitadas á un examen inmediato.

Chicot, que hasta entonces había tenido preocupada su imaginación con aquella frase de la carta del duque de Guisa : « apruebo, enteramente vuestro plan respecto á los cuarenta y cinco, » abandonó esta frase, á cuyo examen pensaba volver más tarde, para sondear á fondo, en sesión permanente, la preocupación nueva que acababa de reemplazar á la antigua.

Chicot reflexionó que era la cosa más extraña del mundo ver á Ernauton instalarse como dueño en aquella casa misteriosa, cuyos habitantes habían desaparecido de repente, y mucho más considerando que á esos habitantes podía referirse una frase de la carta del duque de Guisa hablando del duque de Anjou.

Esta circunstancia era digna de observación, y Chicot tenía por costumbre creer en las casualidades providenciales, y aun desenvolvía sobre este particular, siempre que á ello se le instaba, teorías muy ingeniosas.

La base de estas teorías era una idea que á juicio nuestro vale tanto como cualquiera otra.

He aquí la idea :

La casualidad es la reserva de Dios.

El Todopoderoso no da su reserva sino en circunstancias graves, sobre todo cuando ha visto á los hombres bastante sagaces para estudiar y prever las probabilidades, según la naturaleza y los elementos regularmente organizados. Así, pues, es natural que guste á Dios frustrar las combinaciones de esos

orgullosos, cuya vanidad pasada ha castigado ya ahogándolos, y cuya vanidad futura debe castigar quemándolos.

Decimos, pues, ó más bien, dice Chicot, que es natural guste á Dios frustrar las combinaciones con los elementos que les son desconocidos, y cuya intervención no pueden concebir.

Como se vé, esta teoría encierra especiosos argumentos, y puede suministrar tesis brillantes; pero sin duda el lector, que tiene tanta prisa como Chicot de saber lo que Carmainges venía á hacer en aquella casa, nos agradecerá que no nos entretengamos en desenvolverla.

Así, pues, nos limitaremos á decir que Chicot reflexionó que era muy extraño ver á Ernauton en aquella casa donde había visto á Remigio, y esto por dos razones : la primera á causa de la absoluta ignorancia en que los dos hombres vivían el uno respecto del otro, lo que hacía suponer que debía haber entre ellos una persona intermedia, desconocida á Chicot; y la segunda, porque la casa debía haber sido vendida á Ernauton, que no tenía dinero para comprarla.

— Verdad es, dijo Chicot instalándose lo más cómodamente que pudo en su azotea, su observatorio ordinario; verdad es que el joven dice que espera una visita, y que esta visita es de una mujer; hoy las mujeres son ricas y se permiten cualquier capricho. Ernauton es buen mozo, joven, elegante; Ernauton ha agrado, le han dado cita, le han dicho que compre esa casa, ha comprado la casa y aceptado la cita.

Ernauton, continuo Chicot, vive en la corte, y sin

duda debe ser una mujer de la corte con quien tiene que habérselas. ¡Pobre muchacho! ¿La amará? ¡Dios le preserve de semejante cosa! Va á perderse. ¡Bah! ¿Pues no me pongo á predicar sobre moral?

Moral cien veces inútil y mil veces estúpida. Inútil, porque no la oye, y aun cuando la oyera, no querría escucharla. Estúpida, porque mejor haría en irme á la cama y pensar un poco en ese pobre Borromeo.

Á propósito de Borromeo, continuó diciendo Chicot poniéndose algo sombrío, me apercibo de una cosa, y es que no existe el remordimiento, y que sólo es un sentimiento relativo, porque el hecho es que yo no tengo remordimiento de haber matado á Borromeo, toda vez que la preocupación en que me pone la situación de Mr. de Carmainges me hace olvidar que le he muerto; él, por su parte, si me hubiera clavado contra la mesa como yo le he clavado contra el tabique, no hubiera tenido á estas horas más remordimientos que yo.

Aquí llegaba Chicot de sus razonamientos, de sus inducciones y de su filosofía, en todo lo cual había empleado cerca de hora y media, cuando le distrajo de su cavilación la llegada de una litera que venía del lado de la posada del *Bravo Caballero*.

Una dama tapada bajó de ella y desapareció repentinamente por la puerta que Ernauton tenía entornada.

— ¡Pobre mozo! murmuró Chicot. No me había equivocado, era una mujer á quien esperaba, y supuesto que es así, me voy á dormir.

Diciendo así se levantó Chicot, pero permaneció inmóvil de pie.

— Me engaño, dijo, no dormiré; pero sostengo lo que he dicho, si no duermo, no será el remordimiento el que me impedirá dormir, sino la curiosidad, y es tan cierto lo que digo, que si permanezco en mi observatorio, no pensaré más que en una cosa, en averiguar qué noble dama es la que honra al bello Ernauton con su amor.

Así, pues, vale más que me quede en mi observatorio, porque si fuera á acostarme, no tardaría en dejar la cama para volver á este sitio.

Y apenas hizo Chicot esta reflexión, volvió á sentarse.

Una hora habría pasado, sobre poco más ó menos, sin que podamos decir si Chicot pensaba en la dama desconocida ó en Borromeo, si estaba aguijoneado por la curiosidad ó atormentado por el remordimiento, cuando creyó oír al fin de la calle el galope de un caballo.

En efecto, pronto se dejó ver un hombre á caballo, embozado en su capa. Al llegar á la mitad de la calle se paró como si tratase de reconocer el sitio en que se hallaba; pero luego que distinguió el grupo que formaba la litera y sus conductores, se dirigió hacia ellos, conociéndose que iba armado por el ruido que hacía su espada al chocar con sus espuelas.

Los conductores quisieron oponerse á su paso; pero les dirigió algunas palabras en voz baja, y no sólo se separaron respetuosamente, sino que uno de ellos, apenas le vió apearse, se apresuró á tomar las bridas de su caballo.

El desconocido marchó hacia la puerta, y llamó estrepitosamente.

— ¡Cáspita! exclamó Chicot, qué bien he hecho en quedarme. Mis presentimientos, que me anunciaban que iba á pasar alguna cosa, no me han engañado. ¡Allá va el marido! ¡Pobre Ernauton! No hay remedio, vamos á presenciar ahora mismo una catástrofe. Si es el marido, no se puede negar que es demasiado bueno al anunciar con tanto estrépito su llegada.

Sin embargo, á pesar de la manera magistral con que había llamado el desconocido, parecía que vacilaban en abrirle.

— Abrid, gritó el que llamaba.

— Abrid, abrid, repitieron los conductores.

— No hay duda, es el marido, dijo Chicot; ha amenazado á los conductores con azotarlos ó aborcarlos, y están de su parte. ¡Pobre Ernauton! ¡Va á ser desollado vivo! ¡Oh! ¡oh! Y sin embargo, yo lo sufro, añadió Chicot, porque al fin me ha socorrido, y por consiguiente en caso de necesidad debo yo socorrerle. Por otra parte, yo creo que ha llegado ese caso, ó no llegará jamás.

Chicot era resuelto y generoso, y curioso por añadidura. descolgó su larga espada, se la metió debajo del brazo y bajó precipitadamente la escalera, y como sabía abrir la puerta sin hacer el menor ruido, ciencia indispensable á todo el que desea escuchar con provecho, salió sin ser de nadie observado, se deslizó por debajo del balcón, y se puso en acecho detrás de una columna.

Apenas se había instalado, cuando se abrió la puerta á una sola palabra que el desconocido pronunció por el agujero de la cerradura; quedóse, no

obstante, en el umbral, y un momento después apareció la dama.

Ésta tomó el brazo del caballero, quien la acompañó hasta la litera; cerró la portezuela y montó á caballo.

— No hay duda, era el marido, dijo Chicot, pero después de todo, marido de muy buena pasta, puesto que no ha querido entrar en la casa para no verse en el compromiso de escabechar á mi amigo Carmainges.

La litera echó á andar, marchando el caballero á la portezuela.

— ¡Pardiez! se dijo Chicot; es preciso seguir á esas gentes, es menester saber quiénes son y á dónde van; seguramente sacaré de mi descubrimiento algún sólido consejo para mi amigo Carmainges.

Chicot siguió, en efecto, á la comitiva, aunque con la precaución de caminar siempre por la sombra y á distancia que sus pasos se perdieran entre el ruido de los hombres y de los caballos.

¡Cuál sería la sorpresa de Chicot al ver pararse la litera delante de la posada del *Bravo Caballero!*

Casi en el mismo acto, como si alguno hubiese estado vigilando, se abrió la puerta.

La dama, siempre tapada, bajó de la litera, entró y subió á la torrecilla, en la que se veía luz por la ventana del primer piso.

Detrás de ella subió el marido, precediendo á ambos la respetable señora Fournichon, que llevaba en la mano una bujía.

— Está visto, dijo Chicot cruzándose de brazos, no comprendo ya ni una palabra.